

EN TORNO A SIGENA (I)

(Artículo publicado por Antonio Beltrán Martínez)

Nuestros tiempos rinden casi servil acatamiento a la semiología que les permite expresar complejos conceptos en sencillas síntesis que se convierten en entrañables símbolos. La recuperación del Monasterio de Sigena y de sus tesoros, dolosamente extrañados, supera con mucho la anécdota de una simple reivindicación para convertirse en paradigma de lo que Aragón debe ser en el futuro y en compendio de su propia estimación. Símbolo de tiempos de necesidad y abandono, de estúpida destrucción, punible incautación, indiferencia igualmente punible, durante años, por parte de quienes debieron rescatar este singular monumento como piedra angular de nuestra historia y, en nuestros días, meta de un sentimiento colectivo que, en la comarca, tanto pugna porque los bienes desplazados vuelvan a sus lugares de origen como intenta recuperar la maltratada cartuja de las Fuentes de Sariñena, pero que ha rebasado los límites comarcales para convertirse en un compartido sentimiento de todo Aragón.

Por eso, como tarea de presente y de futuro, la recuperación de Sigena y de sus bienes puede ser considerada elemento definitorio de lo que nos proponemos y trabajamos para conseguir. Que es lo justo, si se tiene en cuenta que por los años 20, Sigena fue declarado "monumento nacional", con enumeración de sus estancias y estrictas obligaciones respecto de su contenido, que parece que no se han cumplido o más bien se han incumplido sistemáticamente y esperemos que no dolosamente, aunque nos tememos que haya sido así.

Personalmente, y aunque sea mezclar vivencias personales con graves asuntos de interés general, debo recordar que yo nací en Sariñena, concretamente en el número 2 de la calle del Mercado. Y que cada verano amudé orígenes y raíces con mi niñez y pasé un par de meses conviviendo con mis pal-sanos. Y andando los caminos de Alcanadre a Isuela y, por descontado, cumpliendo con la reverencial e inexcusable visita a las sororas de Sigena. El monasterio me pareció entonces y sigue pareciéndome ahora, a pesar de malos tratos y abandonos recibidos, una de las más bellas creaciones de nuestro románico, que vivía sobre las amplias posesiones de las monjas que llegaban desde Bujaraloz. Pero las pinturas, los retablos, el claustro, la iglesia y la severa fachada y puerta forman parte de una de mis primeras y más profundas lecciones de historia del arte que dejaron huella indeleble para toda mi vida.

Ya de mayor volví a Sigena cuando era más campo de ruinas que retazo de historia y en una ocasión, un sariñenense que me parece que fue el Crespín, que me acompañó, me dijo melancólicamente sin que le asistiese ninguna erudición, pero sí un sentimiento, "es bien nuestro, esto".

El caso es que, como digo, tuve la fortuna de conocer el monasterio en su gloriosa integridad, de la mano de amigos que aún quedaban de cuando mi abuelo, José M^o Martínez Bedera, fue boticario en Sena.

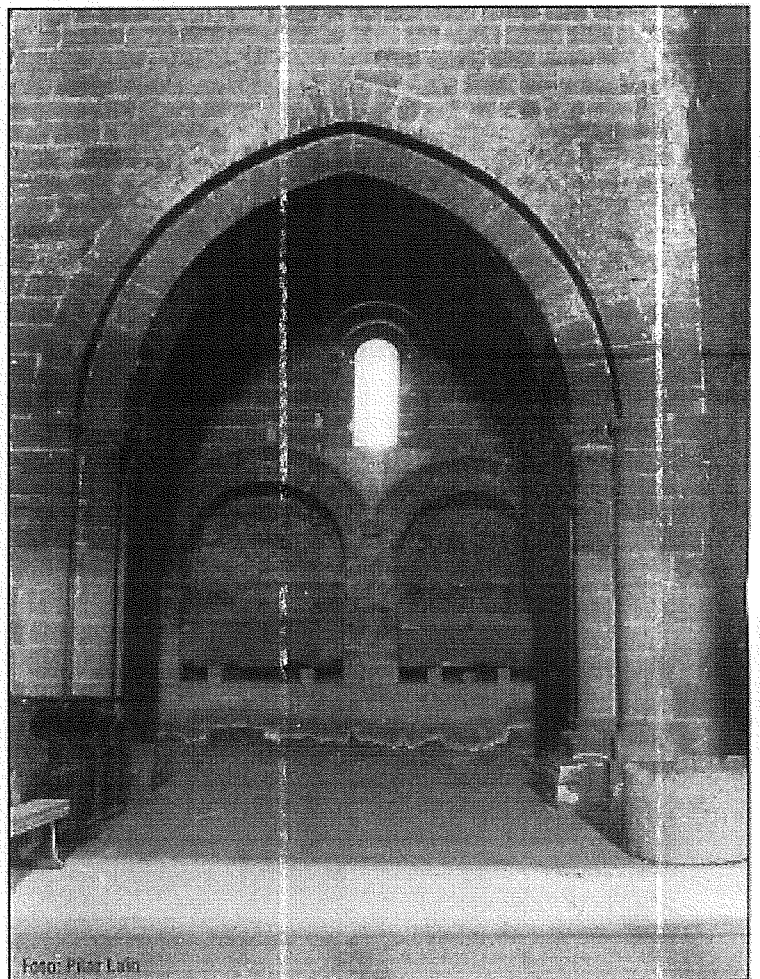


Foto: Pilar Llan

donde nació mi madre: Y al tiempo que admiraba las maravillas de la arquitectura románica y de la pintura y escultura excepcionales, pude denostar la estupidez tanto como la maldad humanas capaces de prender fuego a buena parte de tales tesoros provocando que se diseminasen los pocos restos salvados. Me asombró tanto como la arquitectura y el arte, el severo y espectacular atuendo de las monjas herederas de las herederas de sangre real de otros tiempos. Es decir, que el "hábito" sí que "hacía" a las monjas. Lo que equivale a afirmar que Sigena era algo mío antes de convertirse en un símbolo de todos los deseos de recuperación y en una señal de identidad de todos los aragoneses sin excepción.

Las pinturas de la sala capitular fueron arrancadas después de que el monasterio fuera incendiado y saqueado durante la guerra civil, y trasladadas contra todo derecho —salvo el de conquista— a Barcelona, y detenidas injustamente hasta nuestros días, aunque se intentase en vano interrumpir la ilegítima posesión.

Anduve, ya catedrático de Arqueología de Zaragoza, hurgando en el yacimiento de Las Valletas de Sena y me acerqué a las riberas del Alcanadre, donde el toro escapado cada noche de la manada se hincó de hinojos ante un materral donde estaba la Virgen de Sigena, o al menos así lo cuenta el P. Paci. Tal yacimiento fue descubierto por Nasarre, a cuyos hijos conocí, aprovechado por mosén Rafael Gudel, cura de la localidad a quien ayudó para suplir sus nulos conocimientos arqueológicos otro presbítero famoso en su tiempo, mosén Vicente Bardaviú, cura de Albalate del Arzobispo y luego de Alcañiz y a la sazón de San Miguel de Zaragoza. De las rebuscas de uno y otro, nació el conocimiento de uno de los lugares arqueológicos que iban a integrarse en la bibliografía universal de la mano de Bosch Gimpera y ser una de las bases para el conocimiento de la I Edad del Hierro no solamente de Aragón, sino de toda la cuenca del Ebro, a donde las que entonces se llamaban "invasiones" u "oleadas" de los pueblos indoeuropeos iban a llegar por el camino del Alcanadre y el Cinca. En cuanto a una muy interesante cerámica grabada con el perfil de un ciervo, se guarda en una de las vitrinas del museo de Huesca. Se trata del esquema de un animal, del que aparecen la cabeza con las astas y el cuello y parte de los cuartos traseros, lo que hace presumir que contendría varios de estos animales, en forma semejante a la que hallamos en las excavaciones del Cabezo de Monleón, de Caspe. Se trata de grabados esquemáticos que en nada se diferencian de los que pintaron los artistas de la Edad del Bronce en los abrigos de toda España. La vasija es Hallstática o de la I Edad del Hierro, de los pueblos indoeuropeos de lengua que se establecieron en las orillas del Alcanadre, como en otros sitios, y fueron una de las raíces de la actual población de la comarca de Sigena. Tal vez, también, del culto al toro cristianizado en la tradición del hallazgo de la Virgen de Sigena al seguir a un bóvido que dejaba la vacada y que iba a detenerse a diario, tal como cuenta el Padre Paci.

Volvamos sobre la indebida retención por el obispado de Lérida de bienes aragoneses de las iglesias que, por haber pertenecido a la diócesis catalana, vieron cómo sus tesoros pasaban a muscos de la sede y se especula con la resistencia a devolver lo que consta no es propiedad, sino posesión por causas que han mudado sin que quepan prescripciones, y hasta se alude a compras en circunstancias que no conozco, pero que desde luego parecen ilegales y que me temo que no dejen bien parado a quien trató con la simplicidad y las necesidades perentorias de las monjas, infringiendo, de paso, la ley.

Ya era hora de que las autoridades de Aragón mediasen en un viejo asunto descuidado y casi olvidado, salvo de unos pocos. Y el tema ha alcanzado clamor popular. Y el Instituto de Estudios Sijcense lo ha tomado como bandera.

No puedo olvidar, repito, a las monjas de antaño cuando vestían los espectaculares hábitos medievales como herederas de las herederas reales que convirtieron el monasterio en centro casi palaciego, con bellísima arquitectura románica y con excepcionales pinturas en la sala capitular y otros lugares que son fundamentales en la historia del arte aragonés. Sobre todo ello, cayó un mal día de 1936 una columna armada procedente de Barcelona que le pegó fuego al monasterio. Las pinturas chamuscadas y muy dañadas se arrancaron por cuidado exquisito de Gudiol, como técnico, y la Generalidad decidió, por su cuenta, tomarlas como botín de guerra y llevárselas al museo de Arte barcelonés y allí siguen. **continuará...**

EN TORNO A SIGENA (y II)

Artículo publicado por Antonio Beltrán Martínez
(viene como continuación del número anterior)

Después de la contienda, estando yo en Zaragoza, fui en cuanto pude a visitar el monasterio o sus ruinas. Y allí estaban unas pocas monjas, luchando para reorganizar su comunidad. Una de ellas, llena de buena intención, me preguntó en catalán si yo era de Barcelona; y yo, recordando mi época de nacimiento en Galicia, le contesté repreguntando si aquél era "el monestir de Santes Creus". Luego caí en la cuenta de que la monja recibía muchos visitantes catalanes y escasos aragoneses; y conviene que cada palo aguante su vela y que aprendamos para el futuro de nuestros defectos y abandonos del pasado.

Era yo cuando ocurrió el episodio de la monja, Comisario de la 3ª zona del Patrimonio Artístico, con lo que creí hallarme en posesión de legitimación activa para emprender gestiones que hiciesen volver a Aragón las pinturas de Sigena. Algunas dificultades hallé en Zaragoza y Huesca cuando no supe contestar a la pregunta del lugar donde irían a parar al recobrarlas si es que se lograba coronar con éxito la imposible empresa; al monasterio, en la situación que estaba, de ninguna manera; en Huesca no había entonces museo capaz de recibirlas y alguno hubo que me dijo que si volvían para instalarlas en Zaragoza, donde yo dirigía el Museo Provincial, mejor sería que se quedasen en Barcelona. El caso es que, contra viento y marea, aprovechando que el ministro Ibañez Martín fue a Huesca a inaugurar el Instituto de Enseñanza Media, le abordé. Me confesó que me asistía toda la razón, que incluso los gastos que se hubiesen hecho para arrancar las pinturas y restaurarlas caían sobre bien ajeno y, por lo tanto, no podía exigirse; y me prometió (y envió) un papel para que recogiese aquellos tesoros.

Y a Barcelona me fui con el papel y la ingenuidad correspondiente. Comprendí entonces lo que significa ir de Anás a Caifás y de Herodes a Pilatos, aunque los prebostes judíos se sustituyesen por el director del museo, el alcalde de la ciudad y, sobre todo, por el gobernador civil, general Acedo Colunga, quien me soltó una soflama con mucho "a mí no me crea usted problemas", y me echó materialmente del despacho cuando le dije que los problemas se los había creado la columna que incendió el monasterio y quien arrancó las pinturas para quedárselas. Otras autoridades utilizaron el más piadoso sistema de la suavidad de las maneras, para decirme que alguien les había prevenido de que iba a ir y que me pidiesen garantías, et sic de coeteris, por decirlo en latín que resulta más fino. El caso es que allí se quedó el papel que no pude recuperar y en Barcelona las pinturas y yo con tres palmos de narices hasta que, cariacontecido y triste, volví a Zaragoza con las manos vacías.

Alguien añadió que, cuando llevase dos días de despacho en despacho, sufriendo deliberadas y despectivas antesalas y despachados con dilaciones y excusas o a cajas destempladas, acabaría marchándome, que el papel quedaría en el aire y que al cabo de alguno años nadie se acordaría de la ilegal retención de las pinturas. Hasta hubo uno que se decía amigo (y que probablemente lo era) que defendió que, estando las pinturas en Barcelona, las vería todo el mundo para mayor gloria de Aragón y de Sigena, en tanto que en nuestra tierra pasarían desapercibidas y abandonadas; y aún añadió el INRI de enumerarme las ventas que se habían producido por aquellos tiempos en mi tierra. Luego me enteré que mis amigos del ministerio avisaron de que para Barcelona iba Beltrán e ignoro si añadieron que me tomasen a mí y el papel por el pito del sereno. Tenían toda razón, pues allí siguen las pinturas.

